



El padre José del Rey, S.J. Un hombre de palabra

Por Pbro. Carlos Rodríguez Souquet (Exdirector del IIH UCAB)



***“Yo siempre he creído en el poder de la palabra”
(Diálogos desde la Colmena, 43)***

Confieso, al comenzar esta semblanza, que siento más que nunca las dificultades de mi empresa, que nace con la primera luz del día y debe concluirse antes del ocaso, como decía Bossuet en la *Oración fúnebre*, pronunciada el 16 de noviembre de 1669.

Cuando miro de cerca la vida y la obra del padre del Rey no encuentro palabras precisas para expresarme. ¿Se trata del aprecio por lo conocido o de la incapacidad de interpretarlo correctamente? Tantos recuerdos significativos pareciesen desbordar el uso cotidiano del lenguaje.

Si la vida pública del Maestro fue anticipada y preparada por un período que los católicos amamos distinguir como “la vida oculta”, el trabajo pastoral y académico del padre fue intensamente público, en su inicio, para luego dar paso a “su vida oculta” en la mansión de la enfermedad que suele recordar a los hombres los límites de su existencia. Si el hombre se estima demasiado, ella sabe abajar su orgullo; si el hombre se deprime, ella sabe recordar el destino que nos espera. No en vano, comentó el padre Provincial durante la Misa de Cuerpo presente, que el del Rey afirmó el día de su fallecimiento: “Hoy es el día de mi resurrección”.

El padre fue un hombre de fe, de Estado y de letras. Fue justo, magnánimo, fiel, devoto, valiente, solidario, sabio, ilustrado, incansable investigador y maestro universitario en tiempos no tan buenos para las humanidades, competente tanto en los asuntos públicos como en los académicos.

Una serie de programas, grabados en distintas fechas y por varios organismos, han conservado para la posteridad la opinión del padre sobre distintos tópicos. Haciendo uso de ellos, deseamos esquematizar nuestros recuerdos para delinear brevemente el espíritu de un hombre virtuoso y de un jesuita culto.

En un programa del Centro Ático (Archivo Histórico Javeriano) en 2019, el padre recordó que había estudiado en el colegio “El Salvador”

de Zaragoza, dirigido por los jesuitas. Allí le llamó positivamente la atención la vida y el trabajo de un anciano sacerdote “científico” que, sin problema, se convirtió en maestro de alumnos de 11 y 12 años.

En aquella emisión, el padre no ofreció el nombre del profesor, cuyo ejemplo –afirma- le hizo pensar, por primera vez, en ser jesuita. Sus Papás, que eran excelentes católicos, se alegraron.

Una vez admitido en la Compañía, salió el 10 de enero de 1953 desde Barajas para Caracas, donde llegó con la intención de sembrarse en una nueva Patria. De hecho, no volvió a vivir en España. “Cuando a los Jesuitas nos destinaban a América, veníamos para toda la vida”, comentó. El salto era definitivo. Ahora bien, una vez en la ciudad del Ávila, el padre se impactó por la calidad del clima y el comportamiento simpático de las personas. “Todo favorecía la ilusión”.

Para dar inicio a su formación, fue enviado a Santa Rosa de Viterbo, un pueblecito de 500 habitantes a 10 kilómetros de Duitama en Colombia. De allí salió cuando supo dominar el latín tanto como el castellano. A lo largo de su permanencia, el padre Briceño enseñó a aquellos formandos a ejercitarse en la dilucidación de los contextos en los cuales se habían producido los eventos importantes de la historia y también de aquellos días agitados. Este hecho aumentó “la pasión” por el estudio de la historia.

Una vez en la Javeriana para los estudios de filosofía, el padre cursó, al mismo tiempo, la carrera de Historia. El padre Manuel Pacheco “fue un gran maestro que me ayudó a comprender lo que fue el mundo colonial. Un grande amigo y un gran trabajador”, afirmó el padre.

Los años continuaron pasando y aquel joven aprendiz no fue presa del peor de los males: “la indiferencia”. Se formó y vivió a sabiendas de ser llamado a grandes destinos para la mayor gloria de Dios.

Por otra parte, llegado el momento de los frutos, el padre sirvió a Dios y al Estado sin conflictos de conciencia. “Al César lo que es del César y a Dios, lo que es de Dios” (Mateo 22, 21). Luchó y se jugó la vida, por las fronteras de su nuevo país. Se sintió pieza útil en el engranaje que dignificó la posición de Venezuela ante otras Cancillerías.

En la emisión de *Diálogos desde la Colmena* (43) con María Isabel Párraga, el padre ofreció una anécdota interesante y graciosa: mientras se empleaba en buscar documentos sobre el Golfo de Venezuela en el Archivo General de Indias en Sevilla, un día cualquiera, un empleado del Archivo le comentó, casi en secreto, que había en la sala otro investigador que solicitaba los mismos papeles que él pedía y era cierto. Un “agente” de la cancillería de la hermana República llevaba a cabo, con dedicación, el trabajo que le había sido encomendado: enterarse de la documentación existente en Sevilla sobre el Golfo de Venezuela y lo hacía con la ayuda del padre, aunque sin haber solicitado su consentimiento.

Por otra parte, el mundo de las letras fue su residencia permanente y, en este espacio vital, la historia de los pueblos de estas latitudes y, en ellos, la historia de la Compañía de Jesús, su primer y eterno amor.

La historia de los jesuitas se fraguó, en opinión del padre, entre mitos, leyendas y realidades. Su historia ha generado, a lo largo de los tiempos, adhesiones y odios inflamados. Aun así, los hijos de San Ignacio lograron invadir el mundo de la mano con la ciencia, la cultura en sentido amplio, la educación y las misiones.

El padre estaba convencido de que, entre otras disciplinas, la historia debía ser investigada y dada a conocer, ya que resulta un medio adecuado para descubrir los desórdenes de las humanas pasiones, los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos. En fin, cuanto hay en ella pareciera que está hecho para ser usado (Bossuet, Discurso sobre la Historia Universal, 1680). No se trata simplemente de recuerdos del pasado, sino de herramientas para el presente y el futuro. Para muestra, un botón: la Biblia.

El único cargo que el padre repitió a lo largo de su vida académica fue la dirección del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB. Este Instituto fue el buque insignia de la Universidad, afirmó el padre en la entrevista número 43 de los *Diálogos desde la Colmena*. Los fundadores del Instituto fueron los expertos que laboraron, por muchos años, para la cancillería venezolana en asuntos de fronteras con Colombia, Guyana y Brasil. Ellos eran Hermann González, S.J.; Pablo Ojer, S.J., y el propio padre del Rey Fajardo, S.J.

Las distintas memorias de la vida y de la obra del padre José del Rey Fajardo, S.J., elaboradas por distintas personas de diversos medios sociales, son muestra de amistad por parte de los autores y de justicia para aquel a quien se recuerda. Su figura es digna de recordación, ya que en todo momento fue un hombre de una sola palabra y de completa fidelidad al empeño adquirido.

Fuentes:

**Diálogos desde La Colmena, María Isabel Párraga, número 43. YouTube. UCABve. 20 de abril del 2014.*

**Ethos José del Rey Fajardo sj. YouTube Centro Ático. 4 de diciembre de 2019.*

**La Universidad del futuro. YouTube. Historicopuj. 4 de diciembre de 2019.*